

## UN MUNDO DE PERLÉ

Pilar Garcés

A las niñas nos ponían los domingos las bragas de perlé. Nos gustaban porque eran blancas, como de princesa, y llevaban lazos. Las odiábamos porque el hilo durísimo de sus primorosos dibujos se clavaba en la carne, dejándonos tatuados cientos de agujeros que tardaban horas en borrarse. Para presumir hay que sufrir; se ha dicho siempre. Belleza y dolor son dos caras de la misma moneda. En el esfuerzo de ser personas completas podemos perder alguno de nuestros miembros. Para crear debemos convertir la materia en hueco. Vale, pero si todo encierra algo y su contrario, ¿cómo elegir? Al observar a las criaturas moleculares de Amparo Sard en sus laberintos, al verlas congeladas en el instante decisivo de tomar partido, pienso que yo también llevo en la piel las marcas de todas las resoluciones que he tomado, y de aquéllas a las que todavía no he llegado. Y me alegro. Afortunadamente, nos queda la duda, el estadio más humano.

Ya que estamos hablando de dicotomías, no confundamos técnica y alma. Viendo un trabajo finísimo y extraordinariamente equilibrado, punta contra papel, cabe imaginar a una artista obsesiva, autocontrolada, puntillosa, encerrada en un universo immaculado y sin pliegues. Una fakir silenciosa y perfeccionista, ajena a los ruidos del mundo y a las perturbaciones. Una creadora que tiene el punzón por el mango. Pero el dominio formal se pone al servicio de historias poco o nada tranquilizadoras, y el resultado es un vértigo en el cerebro de cada espectador. Como un mar en apariencia tranquilo, Sard encierra tras el velo cremoso de su papel corrientes peligrosas, acontecimientos confusos, momentos inquietantes, ideas fruto del insomnio o directamente pesadillas. Lo bello y lo siniestro, en un mismo plano. Hay mucho misterio en las acciones cotidianas. Como el mar, Sard es salobre y a la vez tan dulce. Cuidado. Una ola rizada ha estallado contra las piedras y nos ponemos a pensar si hace daño o acaricia. Si la queremos o no. ¿Era esa nuestra ola, o esperamos a aprovechar la que vendrá más tarde? La verdad, siguiendo las evoluciones de estas muchachas ataviadas de primera comunión, no esperaba desembocar en una línea de flotación transformada en cuchilla. Del altar al cadalso, los cuerpos y los objetos adornados con encajes y

brocados sufren amputaciones aparentemente indoloras. Puede que se trate de una ilusión óptica, y que esta frontera en realidad sea un horizonte. Pero lo dudo.

Entramos en el fascinante castillo de los espejos, un espacio para la diversión que nos ofrece una imagen de nuestros cuerpos desfigurados, partidos a voluntad por las luces y las sombras. Lo que vemos depende de cómo miremos. Basta un leve movimiento para desencadenar la acción, beso o tormenta. Las mujeres de Amparo Sard, novias en suspensión, han perdido el pudor y el miedo, hace mucho tiempo que se explican por sí mismas y transmiten sensaciones puras. No dependen de nadie, sólo de ellas, pero estarán encantadas en tu compañía. Atadas al mundo por cordones umbilicales de los que no se deshacen nunca, con el agua al cuello pero aún respirando, corren, vuelan en equilibrio precario, atraviesan paredes y aguas, para recomponerse de un soplado. O disgregarse para siempre. La indecisión es una guía como cualquier otra. No tenemos por qué disponer siempre de una respuesta preparada. Podemos ser angustiosamente felices sin saber si vamos o volvemos. La incertidumbre resulta tolerable, en ocasiones deseable. Mejor la libertad a trompicones que el gobierno de las moscas, bichos recurrentes en el imaginario de la artista, que son tiranos convencionales dispuestos a llevarnos por donde no queremos ir. A escoger por nosotros. A pensar para nosotros. No gracias, preferimos incluso las leyes del azar, queremos equivocarnos para avanzar, a riesgo de perder una porción del cuerpo en el intento.

Tal vez las imágenes de Amparo Sard deberían recorrerse con las manos (qué falta de tacto en la vida moderna) y abandonarse asimismo a tientas. Quizás los miles de pequeños ojos que horadan sus papeles vean más que los nuestros, porque nos están mirando. Y si no son ojos, sino volcanes que respiran y detrás de los cuales laten seres y mundos, mejor que mejor. A su través se filtrará la luz de la luna llena, concediéndonos nuevas perspectivas. Mientras las figuras de Sard siguen suspendidas, y desconocemos si lograrán acabar su vida sin alguna fractura, seremos capaces de dudar con ellas por nosotros mismos.

Un escalofrío, real o ficticio, me ha recorrido el espinazo al penetrar en este universo sin color, con dolor. Es la congoja propuesta por Amparo Sard, que sigue buscando encrucijadas por las que transitar, preguntas que responder,

vestida de domingo, sola o en compañía de todas sus opciones. Yo diría que es una buena manera de coser una biografía, con la libertad que proporcionan un papel blanco, una aguja y muchas dudas.